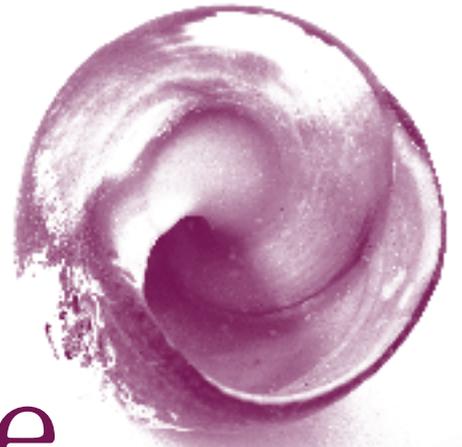


15



“EL amante del mar” (fragmento)

turno en el taller: no tenía palabras. Estaba hechizada, había descubierto lo que la mujer que dirigía el taller llamaba “la maravilla vaginal”. Sólo quería seguir ahí tumbada, con las piernas entreabiertas, examinándome la vagina eternamente.

Era mejor que el Gran Cañón del Colorado, ancestral y llena de armonía. Tenía la inocencia y la frescura de un auténtico jardín inglés. Podía jugar a esconderse y volver a aparecer. Era una boca. Era una mañana. Y en ese momento se me ocurrió que era yo, que mi vagina era lo que yo era. No era una entidad. Estaba dentro de mí.

...Y entonces llegó el momento que tanto había temido y anhelado secretamente. La mujer que dirigía el taller nos pidió que volviéramos a coger nuestros espejos de mano y que intentáramos localizar nuestros clítoris.

...La mujer que dirigía el taller vio mis febriles esfuerzos, mis sudores, mi respiración entrecortada. Se me acercó.

Le dije: “He perdido mi clítoris. Se ha esfumado. No debería haberme bañado con él”.

....

De “**MONÓLOGOS DE LA VAGINA**”
Eve Ensler

“Desde que Gauvain, cumpliendo su promesa, se ha reunido conmigo en París, no puedo tragar nada ni dormir; literalmente, tengo un nudo en la garganta, el estómago encogido, me siento conmovida y las piernas no me llevan, como si la función sexual hubiera acaparado todas las demás. Y además, mi intimidad más recóndita arde de deseo. Tendré que circular durante días con este tizón encendido en el bajo vientre [...]

Mientras extiendo una crema sedante sobre la región devastada, me asombra que los escritores del erotismo parezcan no tener nunca en cuenta este accidente del... placer. Las vaginas de sus heroínas son, por lo visto, unos conductos resistentes a todo uso, capaces de soportar indefinidamente la intrusión de cuerpos ajenos. Por lo que respecta a la mía, es como si estuviera en carne viva. Examinó la zona con ayuda del espejo de aumento y no reconozco mi decorosa vulva, por lo común tan discreta, tan distinguida.

Se ha convertido en un albaricoque enconado, insolente, desbordante, cuya pulpa presiona la piel e invade todo el sector; en dos palabras: completamente indecente. Y en ascuas. E incapaz de cobijar un mero fideo.

Y sin embargo, ahora mismo voy a aceptar, qué digo, a reclamar, que Gauvain vuelva a aplicarme su hierro candente y que me introduzca esa enormidad que, contra todas las leyes de la física, una vez traspuesto el umbral dolorido, encontrará su cabida apropiada, aunque algo ajustada, como un vestido.”

Benoîte Groult